

sólo con el paso del tiempo se consiguieron solventar. Los émulos de Iñigo de Loyola lucharon contra la presencia en los puertos vascos de mercaderes extranjeros que podían introducir las peligrosas ideas de la Reforma, pero los hombres de negocios vascos no estaban dispuestos a recular. En pleno siglo XVIII, los jesuitas, cómplices de revueltas populares, tuvieron que vérselas con la Ilustración y con el ministro Aranda. El cuestionamiento del poder absoluto del Monarca y el apoyo a las “costumbres anti-guas”, que insinuaban los Fueros, los convierte en demócratas *avant la lettre* y provoca su expulsión.

En América, sin embargo, los jesuitas no se mostraron tan estrictos como en la Península, pues se dedicaron a formar y tratar a los grandes gerentes de la Compañía Guipuzcoana de Caracas, de cuyos directivos dijo Larramendi que merecieron la riqueza obtenida porque “trabajaron, sudaron y aguantaron”, aplicando en Caracas “su talento, prudencia y actividad”. Una filosofía bastante alejada de la que preconizaban dos siglos atrás, pues se justificaba la trata de negros como mano de obra necesaria para las plantaciones de cacao, y se controlaba el mercado de armas de Gipuzkoa para combatir el contrabando de cacao de los holandeses. Esta actitud provocó la repulsa de los lugareños, habituados a enriquecerse con un comercio irregular y que les llevó a gritar “Viva el Rey, mueran los vizcaínos”, si bien es cierto que éstos ignoraron demasiado los intereses locales ya instalados a lo largo de amplios períodos.

Se puede estar, o no, de acuerdo con el planteamiento, forzosamente restrictivo como lo anuncia su título, de los autores, pero sin duda el libro resulta innovador, abre muchos debates, y tiene la virtud de proporcionar una visión que destacaba en las investigaciones de los últimos lustros, trabajos que ellos han sabido arropar bajo el prisma que les ha parecido adecuado. El libro tiene la virtud de abrir nuevos caminos a la discusión de la historia y cultura vascas.

José Antonio Azpiazu Elorza



VV.AA.

La tierra te sea leve: Arqueología de la muerte en Navarra

Pamplona : Gobierno de Navarra. Departamento de Cultura y Turismo. Institución Príncipe de Viana, 2007.
– 262 p. : il. ; 29 cm. – ISBN: 978-84-235-3021-2.

1. En la primavera de 2008 cerró sus puertas una exposición organizada por el Museo de Navarra y el Servicio de Patrimonio Histórico de la Comunidad Foral, con el sugerente título “*Sit tibi terra levis*, Arqueología de la muerte en Navarra”, en la que se

mostraban, ordenados cronológicamente, los testimonios funerarios más significativos procedentes de 55 yacimientos arqueológicos del viejo reino.

Una muestra de este tipo exige un trabajo de recopilación importante, más aún cuando analiza un periodo de 7000 años que se extiende desde el Mesolítico, fecha en que se ha datado el enterramiento más antiguo del territorio, hasta la Edad Moderna, cuando el racionalismo ilustrado impuso mediante Real Cédula de 1787, aunque sin demasiado éxito, sacar a los muertos del interior de las iglesias, desvincularlos de los vivos, y construir cementerios fuera de las poblaciones, de los que algunos todavía hoy continúan operativos.

En 7000 años se suceden tantos cambios, tantas formas de afrontar la muerte y, en consecuencia, de concebir la vida –difíciles de asimilar bajo parámetros actuales– que, de entrada, visitar la exposición nos produce el vértigo de asomarnos al abismo del tiempo y conocer al primer humano documentado en Navarra, una mujer adulta de Irati (hallada en el abrigo de Aizpea, en Aríbe) que formaba parte de un grupo de cazadores recolectores del Mesolítico, acostumbrada a desplazarse por la difícil orografía pirenaica, dedicada a la recolección, y con una dieta a base de productos vegetales.

Pero todo hubiera acabado en las emociones, sensaciones e incluso conocimientos aprendidos en la visita sino se hubiera editado el catálogo que comentaremos. Y es que una exposición sin catálogo es temporal; con catálogo adquiere, pese a que se haya cerrado al público, el carácter de permanente. Además el catálogo, al trascender el ámbito del Museo, permite que la labor llevada a cabo por los promotores y comisarios de la muestra para escoger y descubrir los hitos más relevantes de la actitud de los navarros ante la muerte no quede reducida a los visitantes sino que se haga extensible tanto a todo aquél que desee aproximarse al conocimiento del pasado, como a los investigadores a quienes proporcionará instrumentos de trabajo, puntos de partida y programas de reflexión que suscitarán en un futuro próximo nuevos análisis. El esfuerzo ha merecido la pena.

2. El libro se estructura en cuatro bloques, precedidos de una introducción, siguiendo un orden cronológico: Prehistoria, Edad de Hierro, Época Romana y Edad Media. De cada uno de los periodos se hace un preámbulo o estado de la cuestión, seguido de la presentación de los yacimientos más relevantes de los que proceden la mayor parte de las piezas de la exposición y que permiten explicar el funcionamiento de las distintas épocas.

La introducción ha corrido a cargo de Francisco Etxebarria, profesor del Departamento de Medicina Legal de la Universidad del País Vasco, quien partiendo de considerar que el registro funerario es una fuente de privilegiada de información de las sociedades del pasado hace un repaso a los pioneros de la arqueología navarra que trabajaron el tema. A continuación, desde su perspectiva de antropólogo, resalta tres aspectos susceptibles de ser captados mediante el estudio de los restos óseos recuperados en las necrópolis, que pueden ser de interés para arqueólogos e historiadores: los vestigios de enfermedades y causas de la muerte, los signos de violencia en los enterramientos y las trepanaciones.

Sobre el largo periodo que se extiende entre el VI y el II milenio a.C. ha reflexionado Pablo Arias, de la Universidad de Cantabria, quien traza una evolución coherente de la época desde las sepulturas individuales de los últimos cazadores recolectores del 5500 a.C. hasta las inhumaciones también individuales señalizadas con enormes monolitos –como la espectacular estela antropomorfa de Soalar (Baztán) de casi 5

metros de altura que muestra la riqueza y relevancia del guerrero allí enterrado–, pasando por las monumentales tumbas colectivas de las primeras sociedades agrícolas, de las que existe documentación amplia y variada en el territorio, reflejo del dinamismo de sus pobladores

Contextualiza estos enterramientos en el marco europeo y lejos de mostrar una sola línea en la evolución del comportamiento funerario o tratar de encajar los hallazgos en los marcos de referencia, plantea interesantes problemas relacionados con la pervivencia de rituales, la variedad de construcciones y prácticas funerarias –empleadas incluso en el mismo periodo– o la conexión entre los espacios reservados a los muertos y a los vivos, con el objeto de abrir la investigación a aspectos sociales, ideológicos y religiosos de los grupos prehistóricos que ocuparon Navarra.

Corroboran estas propuestas los estudios monográficos de las excavaciones realizadas que demuestran la pluralidad de modelos de enterramiento: en abrigos y cuevas como los más antiguos testimonios de Alkerdi (Urdax) o Aizpea (Aribe); en hoyos que aparecen junto a estructuras de habitación, como en el poblado neolítico de Los Cascajos (Los Arcos) o en los algo más modernos de Cortecampo II (Los Arcos) y Osaleta (Lorca, Valle de Yerri); en sepulturas megalíticas, como el hipogeo de Longar (Viana), el dolmen de Aizibita (Cirauqui) o el singular sepulcro de las Bardenas Reales, único en Europa. Lugares en los que además se han recuperado objetos tan bellos como los colgantes hechos con conchas o cuentas de piedras hallados en los enterramientos neolíticos de Paternanbidea (Ibero).

El segundo bloque se inicia con un artículo titulado “Morir, enterrar y recordar” realizado por Gonzalo Ruiz Zapatero del departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid, en el que analiza el registro funerario del Bronce Final (900-700 a.C.) y de la Edad del Hierro en Navarra (700 a.C.- I a.C.). Consta que los comportamientos ante la muerte difieren sensiblemente respecto a los del periodo anterior ya que la inhumación de los difuntos es sustituida por la incineración, lo que junto a la multiplicación de los asentamientos y la aparición de poblados dotados de murallas de entidad arquitectónica relevante, interpreta como el reflejo de los cambios profundos que se produjeron en la estructura social en los inicios del I milenio a. C. Estos se concretan en el aumento demográfico, la fijación de la población al territorio, la implantación de una economía de base cerealística y la jerarquización social más o menos acentuada en el interior de las comunidades.

En cualquier caso resalta que estos cambios no se produjeron de forma homogénea en toda Navarra, ya que el área montañosa quedó “al margen de los nuevos tiempos” según muestran los últimos monumentos megalíticos que se construyeron: “cromlechs”, círculos de piedra o baratzak que se reparten por los pastos de altura del Pirineo y que, en algunas ocasiones, se han relacionado con enterramientos de incineración y, en otras, con elementos simbólicos, delimitadores de espacios más que con sepulturas propiamente dichas.

Desde el punto de vista metodológico dada la naturaleza del registro (cenizas y huesos quemados) plantea la necesidad de potenciar los estudios de isótopos estables de carbono y nitrógeno en colágeno de huesos para reconstruir el nivel de proteínas en la dieta y explorar posibles diferencias dietéticas según status, sexo y edad. Y, sobre todo, insiste en la necesidad de proceder a hacer una lectura social de las sepulturas y de los cementerios a fin de evaluar las diferencias sociales y evitar las generalizaciones. En este sentido valorando las pocas necrópolis conocidas en la comunidad foral y comparándolas con las de los pueblos vecinos (vettones, celtiberos o vaceos), sugiere la presencia de rasgos comunes entre los que el ritual de incineración parece

ser el más expresivo, pero también diferencias notables en la calidad de los ajuares, lo que explica por la existencia en Navarra de pequeñas comunidades autosuficientes, sin fuertes indicadores de jerarquización interna.

Completan el bloque tres artículos referentes a los enterramientos infantiles hallados en el interior de las casas del poblado de las Eretas (Berbinzana) que constituye una práctica muy extendida en la Edad del Hierro, y de dos necrópolis de incineración ubicadas fuera de los poblados, aunque visibles desde los mismos: El Castillejo (Castejón) y El Castejón (Arguedas).

La arqueología de la muerte en época romana (siglos I a.C.-V d.C) es tratada por José Luis Sádaba, profesor de la Universidad de Cantabria, quien hace una introducción a las concepciones y rituales funerarios del Imperio recurriendo a textos y datos epigráficos, sin apenas referencias a Navarra. Por ello los capítulos en los que se muestran los resultados de las excavaciones de las necrópolis de Santa Criz (Eslava), Iturrisa (Espinal) y Torrecilla (Corella) adquieren mayor importancia. Dado que hasta el siglo III ó IV perdura el ritual de incineración y la tendencia a emplazar los cementerios fuera de ciudades y núcleos habitados, la principal novedad del registro arqueológico en esa época está representada en los mausoleos, en las urnas funerarias y en los ajuares que contienen. No obstante queda pendiente de evaluar el papel que en la organización de las necrópolis jugaron esas construcciones funerarias y, en definitiva, una lectura social de los cementerios.

Llama la atención el mausoleo de La Torrecilla por su compleja tipología, por su calidad constructiva y, sobre todo, por su evolución posterior, al ser utilizado de capilla en época visigoda (siglos VI-VII) –como manifiestan algunas reformas– y de vivienda en época islámica (siglos VIII-IX) –según se desprende de varios hogares hechos con ladrillos o sobre la arcilla del suelo–, lo que constituye un interesante documento para el estudio de uno de los temas más debatidos del medievalismo europeo: la transición entre las sociedades antiguas y feudales.

Desde el País Vasco también se han realizado importantes aportaciones a este debate, especialmente de mano de la arqueología funeraria, a través de los estudios que A. Azkarate efectuó en las necrópolis de Aldaieta o San Pelayo (Alava) y Buzaga o Pamplona (Navarra), entre otras.

A este autor, catedrático de la UPV/EHU, le ha correspondido hacer la última recapitulación del catálogo de la exposición titulada “la muerte en la Edad Media”. De nuevo se observan transformaciones en la actitud de las comunidades navarras ante la muerte. Dos aspectos resultan especialmente significativos de estos cambios. Por un lado, la progresiva realización de inhumaciones dentro de los núcleos habitados y en las proximidades de las iglesias, para terminar a fines de la Edad Media por introducirse en su interior. Y, por otro, la aparición de depósitos de objetos de diferente naturaleza en el interior de las sepulturas (accesorios del vestuario, armas o ajuares variados).

La evidencia constatada del primer aspecto refleja el fin de la división entre el mundo de los vivos y de los muertos propia de las concepciones culturales del imperio romano. La del segundo, el proceso de consolidación de las elites locales de los siglos VI y VII que trataban de escenificar su preeminencia y relevancia social ante el resto de la población mediante los depósitos funerarios que realizaban en las tumbas de sus parientes fallecidos.

No obstante, recuerda Azkarate que la presencia de estos objetos en las sepulturas ha sido interpretada de diversas formas desde que comenzó a interesar a los

arqueólogos. Así, señala los planteamientos de quienes vieron en los ajuares connotaciones de carácter étnico y religioso, indicadores por tanto del mayor grado de implantación de determinados pueblos (visigodos, francos o vascones) y creencias (cristiana o pagana) en el territorio, y los de quienes los consideraron fiel reflejo de la jerarquización de la sociedad, más que construcciones supraestructurales creadas por las clases dominantes para imponer su autoridad sobre el conjunto social, deformando la realidad.

Esta variedad interpretativa se observa en los artículos que complementan el bloque medieval. Así la necrópolis de Gomacin (Puente la Reina) se califica de hispanogoda con influjos merovingios o renanos, en tanto que en las de Buzaga (Elortz) o la Casa del Condestable (Pamplona) se indica sólo –como parece más correcto– su cronología y la procedencia de las influencias que se observan en la fabricación u ornamentación de los ajuares recuperados.

A partir de los siglos VII y VIII fue descendiendo la presencia en el interior de las tumbas de los depósitos funerarios, aunque tal costumbre no llegó a desaparecer del todo e incluso se recuperó en la baja Edad Media, como muestran las monedas, los objetos de indumentaria personal (espuelas doradas, cinturones de cuero con hebillas, anillos, cuentas de azabache y pasta vítrea), algunas armas (espadas en enterramientos nobiliarios y cuchillos) y otros materiales considerados amuletos, presentes en los enterramientos cristianos de las necrópolis de San Esteban (Beráin), El Camino del Soto (Etxauri), Santa Catalina (Tiebas) o la catedral de Tudela.

Especial mención se ha de hacer de la necrópolis del despoblado de Rada ya que, aunque se haya excavado una parte mínima de sus niveles superiores, el hallazgo de estelas discoideas colocadas en la cabecera de los enterramientos aporta gran información para datar e interpretar la vasta colección de estelas que salpican Navarra halladas fuera de contexto arqueológico y por ello sólo descritas o analizadas desde perspectivas etnográficas y atemporales.

Finalmente se cierra el bloque con la presentación de tres cementerios medievales no cristianos: los islámicos de Pamplona y Tudela y el judío de Palenque (Tudela). El primero adquiere gran interés dado que los autores del estudio proponen que un porcentaje significativo de las inhumaciones recuperadas corresponden a población de origen norteafricano, a juzgar por marcas intencionadas hechas en los dientes. Evidentemente el tema necesita de más datos para ser corroborado, pero su estudio puede ser de gran interés para conocer las estrategias de la conquista peninsular por parte de los musulmanes y, sobre todo, los orígenes del viejo reino de Pamplona.

3. A lo largo de los capítulos que constituyen el libro asoman con relativa frecuencia términos como organización social, jerarquización, manifestación del poder, conflictividad, exhibición competitiva, influencias culturales o movimientos de población que sugieren, más que muestran dados los objetivos de la publicación, nuevas vías de investigación para comprender el funcionamiento de las sociedades del pasado. En ese sentido es significativo que el mismo título del catálogo (y también de la exposición) sea “Arqueología de la muerte”. Con esta denominación no se designan las excavaciones arqueológicas que se realizan en contextos funerarios, como pudiera pensarse. La “arqueología de la muerte” es un concepto teórico que hace referencia a una metodología peculiar de afrontar el estudio de los cementerios, de las sepulturas y de sus contenidos, hasta cierto punto novedosa ya que se inició de la mano de la *New Archaeology* en los años 70 del siglo pasado, es decir hace poco más de 30 años.

Frente a lecturas tradicionales del registro funerario muy influenciadas por la escuela historiográfica denominada Histórico Cultural que se desarrolló durante buena parte del siglo XX en el marco del romanticismo y de la creación de identidades etno-culturales y en las que se otorgaba un interés prioritario a la sepultura como monumento o a los ajuares que contenían como indicadores de poblaciones determinadas, se han afirmado en los últimos años nuevas orientaciones que han puesto el acento en la relación entre las necrópolis y la organización social del espacio, en las transformaciones de los rituales funerarios como reflejo de cambios producidos en el mundo de los vivos (no necesariamente religiosos) y en los aspectos estructurales y simbólicos de las sepulturas. Desde esta perspectiva las simples descripciones positivistas o las especulaciones intuitivas sobre creencias y concepciones del más allá, han sido sustituidas por nuevos enfoques orientados a la investigación de las estructuras sociales mediante instrumentos explicativos precisos.

Y bajo estas premisas conceptuales Pablo Arias, Gonzalo Ruiz Zapatero o Agustín Azkarate analizan las prácticas funerarias de la Prehistoria, la Edad del Hierro y la Edad Media, como se ha visto.

En esta visión, que pretende abordar la cuestión funeraria en su integridad, reside uno de los mayores logros del catálogo. No se ha tratado, como suele ser frecuente, hacer una descripción de los materiales que se expusieron en función de sus valores estilísticos o artesanales, sino que se han resaltado los contextos de procedencia, esto es las estratigrafías que otorgan sentido a los artefactos, ajuares, huesos y piezas sueltas (muchas de ellas de escasa vistosidad), convirtiéndolos en documentos históricos.

No obstante y aún destacando, como se ha hecho, la contextualización frente a la descripción, hubiera sido conveniente haber publicado un anexo con las piezas de la exposición y su correspondiente ficha técnica, más aun cuando la costumbre de publicar repertorios de materiales arqueológicos está poco arraigada en la Península Ibérica, a diferencia de lo que sucede en Francia o Inglaterra, donde estos repertorios constituyen interesantes instrumentos al servicio de los estudiosos. Es cierto que las fotografías de las piezas más relevantes pretenden rellenar esta ausencia. Pero no es suficiente, puesto que los objetos propiamente dichos, que constituyeron el soporte de la exposición, apenas están documentados.

En cualquier caso, el libro que comentamos constituye un importante punto de partida de las investigaciones sobre el mundo funerario navarro ya que, como se desprende de los distintos artículos, aún presenta numerosas lagunas derivadas tanto de la ausencia de un cuerpo teórico que proporcione instrumentos para hacer una lectura social de las necrópolis, como de la falta de memorias detalladas y exhaustivas de las excavaciones que especifiquen los contenidos de las sepulturas, la relación entre ellas dentro del cementerio y su vinculación con los poblados y espacios de los vivos.

Iñaki García Camino